

## **La peste se alejaba**

De pronto las estadísticas, como si fueran títeres jugando el destino, por su propia orden, comenzaron a sonreír. Eran partícipes del mismo sentido que se esmeraba sobre la desaparición de las ratas. Las estadísticas de mortalidad bajan (Ídem. Pág. 203) y las ratas, solo se las veía desapareciendo con fluidez hacia sus guaridas y el silencio. La infección retrocede y en todos los habitantes de Orán se confirma la convicción de que la victoria estaba alcanzada “y que la enfermedad abandonaba sus posiciones...” (Ídem pág. 204).

Volvía la vida, se encendía de nuevo en toda su dimensión, sin olvidar aquello que señalara el viejo asmático que recompone el Dr. Rieux, es decir, que también como la peste, esta era “la vida nada más”, como poniendo sordina, al final del libro del Apocalipsis, allí desde la invitación para el que tiene sed, que venga y tome al agua de la vida. (Ap. 22:17). Pero eso sí, sin resentimiento y sin velar la posibilidad de agregar cosas, palabras, esperanzas, es decir, opacando, silenciando, el rencor que intenta cegar todo cambio y toda creación, del que quiera añadir algo a las palabras de la profecía; para hasta negar la amenaza inexplicable para con la bondad del Señor, señalándonos que “...Dios pondrá sobre él las plagas que están escritas en este libro” (Ap. 22:18). Los gritos de alegría que subían de la ciudad, parecía en el sentimiento de Rieux, justificar el final de la muerte, recababa prudencia y vigilancia, atención y sabiduría, porque aún sin cotejar con este final amargo, amenazante del libro del Apocalipsis, él, Rieux, como sabía que la ciencia nos alerta, enseñando “que el bacilo de la peste no muere, ni desaparece jamás (A. Camus. La peste. Ídem pág. 234). De cómo el rencor y las amenazas aún las bíblicas, o cómo la explotación, esa peste desmesurada que la historia del capitalismo agrega como el quinto jinete del Apocalipsis, aún permanecen listas para su praxis, alentando el terror.

En ese preciso lugar, donde nada borrarán las palabras del libro de tal profecía, para que Dios no quite “... su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro...” (Ap. 22:19)

Esa verdadera naturaleza religiosa de las cosas, también aguarda el cambio, la transformación, que la verdad técnico-científico impulse hacia otra dimensión cósmico social. En todo caso, científicamente se trata de una cosmovisión gnóstica y de certera y laboriosa interpretación crítica de la realidad.

## **El principio de la autoridad**

En cuanto se coloque el punto de observación, en el extenso camino de la historia de la ciencia, habrá de sobrevenir, la terminante articulación de esa ciencia desde el comienzo, contra el principio de autoridad.

Tal como se señalan Cereigido y Reimbing, en síntesis admirable, “... de acuerdo con este principio, algo es verdad o mentira dependiendo de quién lo diga: La Biblia, el Papa, el rey, el padre, el líder. En ciencia dicho principio tiene validez...” (M. Cereigido y L. Reinking. La ignorancia debida. Libros del zorzal. Bs As. 2003 pág. 29).

En este mismo razonamiento se involucra sin dudar, esos últimos versículos indicados del Apocalipsis, refirmando la certeza de sus jinetes de la destrucción, tal como la gran parte del pensamiento de varios siglos posteriores, señalando que todo lo conocido debía llevar, llevaba, el signo-sello de la gracia de Dios.

La ciencia fue derrumbando todo sentido místico, aún los aparatos sofisticados o no tantos de las creencias y hasta cada una de las construcciones religiosas. Para ello su instrumento capital ha sido la significación de la investigación, embocadas en el terreno necesario de las interacciones insoslayables entre ciencia y sociedad.

Esta última interacción, obliga a advertir que la tecno-ciencia, forma parte del aparato dominante del poder social, razón que obliga a agregarle atributos de antagonismo esencial, a aquella virtud romántica de sus primeras décadas, en cuanto su propio ímpetu como el amor por el conocimiento en su motor progresivo.

El capitalismo ha sacado enorme provecho, es decir, calidad extrema para obtener de su desarrollo constante, gran parte, si no todo del poder que detenta.

En tal caso, valdrá la pena volver a conmoverse, repasando la visión de Heidegger, en cuanto a la aplicación eficaz de la ciencia y el “movimiento planetario de la técnica moderna (su expresión práctica), como, “...un poder cuya capacidad de determinar la historia apenas puede apreciarse...”.

Era setiembre de 1.966 y aún sobrevendrá un mayor estremecimiento, porque Heidegger profesará, con íntima convicción en su verdad científica que “la esencia de la técnica es algo que el hombre tiene en sus manos...” para agregar que eso no es posible”...la técnica en su esencia es algo que el hombre, por sí mismo, no domina...” (M. Heidegger. Entrevista del SPIEGEL. Tecnos. Madrid 1.989. Pág. 68-69).

El filósofo buscaba respuesta para mi indagación a la pregunta por el sentido de las ciencias y al localizar su interrogación sobre ella misma, percibía la inmensidad del poder que contenía; tal vez sin extender su mirada hasta la causa estructural que significa y sigue significando, la sobre determinación primante del capitalismo y su poder camino hacia el imperialismo transnacional reinante, que hoy comprendemos sin las penumbras iniciales, de entonces.

Sin embargo resulta deslumbrante recordar que su conferencia del Rectorado, se titulaba “autoafirmación de la universidad” que él mismo indicaba, que ese título lo significaba politología, no que quería decir, “...la ciencia en cuanto tal, su sentido y su valor, han de evaluarse por su utilidad práctica para el pueblo...”.

Era el Heidegger de 1.966, el de Spiegel, pero que portaba también y sin pliegues, ni desfallecimientos, la voz y la esencia del Rectorado, ese de 1.933-34 en la universidad de Friburgo (27.V.1.933) en tiempos del nazismo.

Es allí que enseña, que “solo cuando nos sometemos decididamente a este lejano mandato de recuperar la grandeza del inicio (se refiere a la ciencia griega...) la ciencia se tornará para nosotros en la más íntima necesidad de la existencia...” (Ídem pág. 11).

Está edificando la esencia de la ciencia y cuando lo profesa, señala que al referirnos a esa esencia, “...una cosa evidentemente sabemos: que la universidad alemana solo llegará a tomar forma y poder cuando los tres servicios, del trabajo, de las armas y del saber, se reúnen originariamente en una única fuerza conformadora...”.

Esa fuerza expresada en profesores y alumnos, tienen que estar dispuestas a luchar entre sí, para alcanzar el saber de la esencia, amando, "...todas las facultades de la voluntad y del pensamiento, todas las fuerzas del corazón y todas las capacidades del cuerpo..., mediante la lucha, aumentar en la lucha y conservarse como lucha..." (Ídem pág. 17).

Entonces desde la edificación de estas luchas, amparando ensanchando sobre todo a la ciencia y su esencia, aparecerá en fortaleza alemana, manifestando, "...queremos que nuestro pueblo, cumpla con su misión histórica...", comprendiendo el esplendor y la grandeza de esta puesta en marcha, de la universidad, al hacer propia la reflexión de la vieja sabiduría griega, diciendo en voz de Platón que, "...todo lo grande está en medio de la tempestad..." (Ídem pág.18-19).

Pensemos...; así, nada menos que todo Heidegger, enhiesto en sus propósitos científicos, en su producto filosófico radical y alejado sin piedad, de todo sentido del ejercicio del arte de lo posible, envuelto en todo torbellino de la tempestad una existencia auténtica, aún en sus desvaríos y tropiezos.

Un recorrido tal, como la inexorabilidad requerida por la verdad científica, también siempre en el medio de la lucha de la tempestad. Extrañamente coincidiendo con Baruch Espinoza, es rabino sin sinagoga, ese pensador tumultuoso, autentico, que afirmará que la ciencia sin vergüenza alguna, es una forma de humildad, por que avanzará desde la ignorancia, o mejor aún, desde la duda, precisamente porque ha desestimado la alternativa impertinente, rígida, dominante, de aceptar la imaginación, el concepto, la ilusión, del que sabe, conoce, entiende porque se le ha sido revelado.

El pensamiento científico tiene la condición indispensable, necesaria, mejor aún, infaltable, de esa lucha que proclamaba Heidegger. Para darle un impulso verídico y en este caso otra vez real, vale la pena señalar la fecha del 24 de noviembre de 1.859, cuando Charles Darwin presentará su libro sobre el origen de las especies, como prueba de excelencia de la utilización del método científico, esta práctica, ahora elemental para otorgarnos el alborozo de encontrar las verdades que nos llevan al reconocimiento de las evidencias experimentales requeribles para reconocer y luchar, contra la gripe aviar.

El recorrido realizado, bíblico-literario; del Apocalipsis y la peste, nos ha servido para recomponer, sin olvidarlo, el también trazado verdadero, obligado en dudas y afirmaciones, político-social y conspirativo. Desde él, también científicamente reparando en todas las dubitaciones y evidencias indicadas, hemos arribado a la exigible racionalidad esencial de la ciencia. En tal campo de operaciones la tarea de la verdad histórica, nos pide una mínima comprensión previa tal vez como homenaje a quienes creen certeramente en la verdad religiosa, que nosotros ya hemos abandonado. El apocalipsis tiene entonces en nuestro entendimiento, el enorme valor de una simbología que la civilización ha construido, desde otra verdadera naturaleza de las cosas. Su cosmovisión tomística, sigue adherida a la desmesura de una autoridad religiosa implacable, que debe ser reconocida, respetada, aunque no sea, definitiva y totalmente consentida. La historia de la ciencia, se ha encargado, sin piedad, de desechar sabiduría bíblica eterna.

Esta estación previa, también dibuja un cierto y sensible homenaje, al relato estremecedor para Albert Camus, que con otra simbología y con otra expresión de inteligencia humana, nos otorga este relato infernal decididamente ateo, en contradicción terminante con el personaje religioso que profesa sobre la ciudad de Orán en el Terror de la peste bubónica en expansión.

El homenaje a un novelista que ofrece la claridad del absurdo de la epidemia, reparando en la tesis de la "libertad absurda", tampoco ofrecida como canje ante cualquier quiebre de la moral. Es Camus el relator del absurdo, como expresión lumínica, existencial, del destino, del sujeto humano, aun extendiendo su verdad y consagrándola, en la suma de los absurdos, que le ofrece la sacralización de la muerte, en las calles y los domicilios del Orán epidémico. Vive en el absurdo inconmensurable de la muerte y sus criaturas acosadas por la peste, o por la sociedad, o por la explotación.

Aun desde este absurdo de la peste y la libertad esperable, el homenaje a Camus se encarna verazmente, en su estética de la resistencia ante la injusticia del flagelo, como de aquella injusticia instalada en el universo. Fue un deber, como el del médico Rieux del relato; obligación indesechable hacia la humanidad, aun cuando se trate de un navío que como Orán apestado, parecía hundirse en la absurdidad. También Camus aparece como un gran exponente laico, de la lucha interminable que instruía Heidegger.